

Agnes Torres estacionó su Ford Escort blanco al pie del seto, en el pequeño aparcamiento, y salió al aire fresco del amanecer. El seto, de cuatro metros de altura, era tan impenetrable como un muro de ladrillo. Desde la calle solo se veían las últimas tejas de la mansión. En cambio se oía el romper de unas olas invisibles, y olía a mar.

Agnes tomó la precaución de cerrar el coche con llave (siempre era mejor hacerlo, incluso en un barrio así). Después buscó la llave en medio del manajo y la metió en la cerradura. La pesada verja, de chapa metálica, basculó hacia dentro y dejó a la vista un gran césped verde flanqueado por dos dunas, que se extendía trescientos metros hasta la playa. Al otro lado de la verja, el piloto rojo de un teclado empezó a parpadear. Agnes introdujo el código con nerviosismo. Disponía de treinta segundos antes de que se disparasen las alarmas. Un día se le cayeron las llaves, tardó más de la cuenta en introducir el código y casi despertó a todo el pueblo, además de provocar la llegada de tres coches patrulla. El señor Jeremy se enfadó tanto que sacaba fuego por la nariz. Qué mal trago pasó.

Pulsó el último botón y suspiró aliviada al ver que el piloto se ponía verde. Cerró la verja con llave e hizo una pausa para santiguarse. Después sacó el rosario y cogió la primera cuenta con veneración. Ya estaba protegida. Se volvió y empezó a caminar por el césped con piernas cortas y gruesas, lo bastante despacio para poder musitar en español sus padrenuestros, avemarías y glorias. Siempre que entraba en la finca de Grove rezaba una decena del rosario.

La casa, grande y gris, se erguía como un cíclope severo, cuyo ojo era la única ventana del tejado, nota amarilla en el gris acerado de la casa y el cielo. Un grupo de gaviotas la sobrevolaba.

Agnes estaba sorprendida. No recordaba haberla visto nunca encendida. ¿Qué hacía el señor Jeremy en el desván a las siete de la mañana? Normalmente no se levantaba hasta mediodía.

Al final de la oración guardó el rosario y volvió a santiguarse. Fue el gesto rápido y automático de una mano encallecida por varias décadas de trabajo doméstico. Esperaba que el señor Jeremy no estuviera despierto. Prefería trabajar con la casa vacía; con él resultaba todo tan desagradable... La ceniza de cigarrillo que tiraba al suelo al paso de su mopa, los platos que amontonaba en el fregadero justo después de que ella hubiera terminado de fregar, los comentarios y tacos entre dientes, al teléfono o leyendo el periódico, seguidos siempre por una risa bronca... La voz del señor Jeremy era como los tajos al aire de un cuchillo oxidado. Era un hombre delgado, una mala persona, que apestaba a tabaco y almorzaba con coñac, y recibía a sodomitas en su casa a todas las horas del día y de la noche. Una vez intentó decir algo a Agnes en español, pero ella le paró los pies. A ella no le hablaba nadie en español, salvo sus parientes y amigos; además, Agnes Torres hablaba perfectamente inglés.

Por otra parte, ya había trabajado para mucha gente, y como jefe el señor Jeremy era muy correcto; pagaba bien y con una puntualidad infalible, nunca le pedía horas extra, nunca le cambiaba los horarios y jamás la había acusado de robo. Un día, muy al principio, blasfemó contra el Señor en su presencia, pero bastó un simple comentario para que se disculpase con educación y no reincidiese.

Al llegar al final del camino curvo de losas, introdujo otra llave en la puerta y accionó nerviosamente el segundo teclado para apagar la alarma interna.

Era un edificio lúgubre y gris, con una fachada de ventanas con molduras orientadas a una playa larga y llena de algas, al pie de un mar furioso. Dentro de la casa casi no se oían las olas. Hacía más calor de lo habitual.

Agnes percibió un olor extraño, como si un trozo de carne con bastante grasa se hubiera quedado en el horno más tiempo de lo debido. Entró en la cocina con pasitos cortos, pero no había nadie, solo platos amontonados y el desorden de siem-pre, con restos de comida por todas partes. Pero no era eso lo que olía. Por lo visto el señor Jeremy había hecho pescado para cenar. Los martes Agnes no solía limpiar la casa, pero la noche anterior se había celebrado una fiesta,

una de tantas. Había transcurrido un mes desde el día del Trabajo, y sin embargo los fines de semana de juerga del señor Jeremy durarían hasta noviembre.

Al pasar al salón volvió a notar el mismo olor. Decididamente algo se estaba cocinando. También olía a otra cosa, como si alguien hubiera jugado con cerillas.

Empezó a ponerse nerviosa. Todo estaba más o menos igual que como lo dejó el día antes a las dos del mediodía, menos los ceniceros rebosantes de colillas, las típicas botellas vacías de vino en el aparador, el fregadero lleno de platos y una mancha de queso fundido en la alfombra, con la huella de un zapato.

Levantó su cara regordeta y volvió a husmear. El olor procedía de arriba.

Subió por la escalera sin hacer ruido, se detuvo a husmear en el rellano y siguió avanzando por el pasillo de puntillas. Al final del primer tramo, donde estaban el estudio y el dormitorio de Grove, cambió de dirección y se dirigió a la puerta del segundo piso. El olor era más intenso que abajo, y el ambiente más cargado y caluroso. Quiso abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Sacó el manojito de llaves, lo sacudió, encontró la llave que buscaba y abrió la cerradura. ¡Madre de Dios! Olía mucho peor. Trepó por los peldaños de la escalera, empinada e inacabable: uno, dos, tres... Sus piernas artríticas descansaban un poco en cada escalón. Cuando llegó al último, recuperó el aliento.

Se encontraba en un gran desván, con un largo pasillo que reunía media docena de dormitorios infantiles inutilizados, además de un cuarto de juegos, varios baños y un espacio inacabado que servía como almacén, atiborrado de muebles, cajas y horribles cuadros modernos.

Vio una franja de luz amarilla al fondo del pasillo, bajo la puerta del último dormitorio.

Después de unos pasos vacilantes, volvió a santiguarse. Su corazón latía muy deprisa, pero con el rosario en la mano se sentía

a salvo. El olor se hizo más intenso al acercarse a la puerta.

Dio unos golpecitos por si había algún invitado del señor Jeremy durmiendo la mona, pero no contestó nadie. Al poner la mano en el pomo, le sorprendió encontrarlo un poco caliente. ¿Qué pasaba? ¿Un incendio? ¿Se había dormido alguien con el cigarrillo en la mano? Olía un poco a humo, pero también había un olor más fuerte, más... pútrido.

Intentó girar el pomo, pero estaba cerrado con llave. Se acordó del colegio de monjas, cuando murió la loca de la hermana María y tuvieron que derribar la puerta.

Podía haber alguien dentro que necesitara su ayuda, alguien enfermo o inmovilizado. Buscó de nuevo entre sus llaves. Desconocía cuál era, así que tuvo que intentarlo unas diez veces antes de que girara el pomo. Abrió la puerta aguantando la respiración, pero solo pudo empujarla unos centímetros. Algo la bloqueaba. Empujó mucho más fuerte y oyó que algo se caía al otro lado.

¡Santa María! El señor Jeremy se despertaría. Esperó, pero no oyó sus pasos ni la puerta del lavabo ni tampoco la cadena u otro de los ruidos que indicaban su irascible despertar.

Al segundo empujón pudo introducir la cabeza, pero contuvo la respiración. Dentro había una especie de neblina, y un calor propio de un horno.

La habitación, que llevaba cerrada muchos años (al señor Jeremy no le gustaban los niños), tenía las paredes desconchadas, con sucias telarañas. Lo que se había caído era un viejo armario que atrancaba la puerta. De hecho parecía que estuviera bloqueada por todo el mobiliario de la sala.

Todo menos la cama. Agnes vio que estaba al fondo, y que el señor Jeremy yacía en ella completamente vestido.

—¿Señor Jeremy?

Sin embargo, ya sabía que no contestaría. El señor Jeremy no dormía. ¿Cómo iba a dormir, si tenía los ojos tan quemados que no podían cerrarse, el cono ceniciento de su boca paralizado en un grito y la lengua negruzca (hinchada como un chorizo) saliendo de ella al igual que un mástil?

Era imposible dormir con los codos separados de la cama, y los puños tan cerrados que corrían hilillos de sangre entre los dedos. Imposible dormir con el torso chamuscado y hundido como un tronco quemado. Agnes había visto muchos cadáveres durante su infancia en Colombia, pero ninguno tan muerto como el del señor Jeremy.

No se podía estar más muerto.

Oyó una voz. Se dio cuenta de que era ella que murmuraba «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Tras volver a santiguarse, incapaz de dar un paso o apartar la vista, sacó el rosario. A la derecha de la cama, el suelo estaba quemado. Reconoció la huella.

Fue en ese momento cuando entendió lo que le había pasado a Jeremy Grove.

Un grito ahogado salió de su boca. De pronto tenía la energía necesaria para apartarse de la puerta y cerrarla. Buscó la llave y la usó, sin dejar de murmurar ni un momento «creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra». Se santiguaba una y otra vez, con el rosario en el puño y este en el pecho, mientras retrocedía por el pasillo y mezclaba sollozos con atropelladas oraciones.

La huella quemada de una pezuña en el suelo le decía todo lo que necesitaba saber. Al final el demonio se había llevado a Jeremy Grove.

© 2004, Lincoln Child y Splendide Mendax, Inc. Publicado por acuerdo con Warner Books, Inc. Nueva York

© 2005, Random House Mondadori S.A.